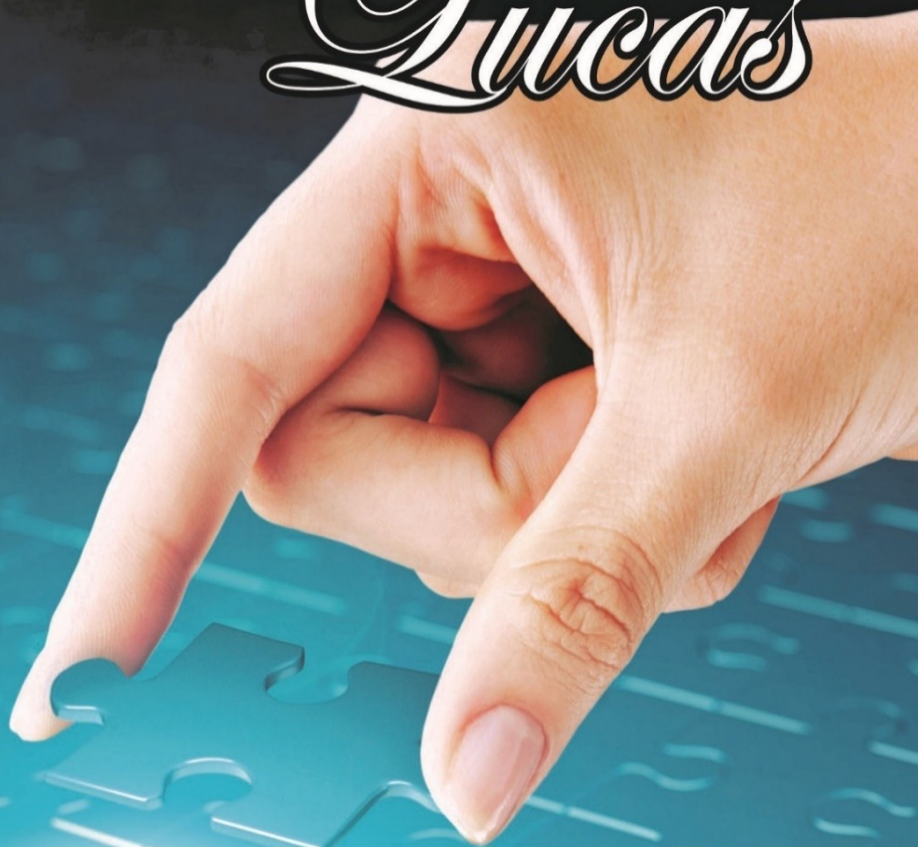


Ediciones Lucas



“LA RUTA PARA UNA EXPERIENCIA VIVENCIAL CON DIOS”
EI-010225-104

“LA RUTA PARA UNA
EXPERIENCIA
VIVENCIAL CON
DIOS”

© 2024 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referencias han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: febrero 2025

Escrito y editado por: Josué Galán y Roxana de Abarca

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EI-010225-104

LA RUTA PARA UNA EXPERIENCIA VIVENCIAL CON DIOS

S
E
M
A
N
A
—
1
—

Todos los que somos sinceros en nuestra búsqueda de Dios muchas veces nos preguntamos: “¿Por qué a pesar de nuestra sinceridad y desear encontrarnos con el Señor muchas veces no logramos tal objetivo?”. A muchos sinceros seguramente les ha pasado que cuando deciden orar con más ahínco es cuando menos han orado; que cuando quieren ser fieles para congregarse casi que se van al mundo; pareciera que, a pesar de su sinceridad, lejos de avanzar, retroceden. Muchas veces nos da hasta miedo comprometernos, arrepentirnos o reconciliarnos con Dios porque entre más nos proponemos estar cerca de Él pareciera que terminamos más lejos. Sin lugar a dudas, esta es la experiencia de los que son sinceros; los que son hipócritas, por el contrario, creen que todo el tiempo están bien con Dios.

Dios es una persona y debemos aprender a conocerlo tan igual como lo que nos sucede con las personas que nos rodean. A muchos seguramente nos ha sucedido la experiencia de llegar a un nuevo trabajo y estar con personas a las que nunca habíamos visto y de primera impresión, percibimos que hubieron algunos a los que no les caímos bien. Si sabemos que tendremos que estar bastante tiempo con esas personas y especialmente con aquella que no nos vio bien, de manera normal procuramos agradarlo con el fin de ganarnos su

confianza, sin embargo, muchas veces esos intentos parece que no funcionan. En el fondo, tampoco es que la otra persona quiera mantener un pleito con nosotros, si no que ambos desconocemos cuál es el vínculo que nos pueda unir. Nuestra experiencia con Dios es un tanto similar. Muchas veces sentimos a Dios muy distante de nosotros porque no tenemos el atino de cómo llegar ante Él y agradar Su corazón. Por ejemplo, no saber lo que nos dice La Escritura, la falta de conocimiento espiritual, el hecho de no ser constantes para inquirir delante de Él, etc. son factores que nos impiden acercarnos a Dios. Podemos ser sinceros al acercarnos a Él, sin embargo, en ese intento hacemos lo que a nuestro criterio es lo correcto; y el resultado de esto muchas veces es no lograr contactar con Él. ¿Por qué sucede esto? No es que a Dios no le agrade nuestra sinceridad, no es que Él no quiera tener comunión con nosotros ni mucho menos que nos esté rechazando, lo que sucede es que no tenemos el conocimiento adecuado para tener una experiencia vivencial con Él.

La razón de este estudio es que sepamos la ruta adecuada para acercarnos a Dios. A parte de nuestra sinceridad hay herramientas que son necesarias para tener tal encuentro y cercanía con Él.

AL EXAMINAR LA ESCRITURA EN EL NUEVO TESTAMENTO VEMOS QUE LA FE Y EL AMOR SON CLAVES PARA UNA RELACIÓN VIVENCIAL CON EL SEÑOR JESÚS.

No debemos empezar la ruta de acercarnos a Dios basados en lo que se nos ocurra. Por ejemplo, si alguien es músico podrá creer que cantar es la mejor manera de acercarse a Dios, sin embargo, el resultado es percibir que por más que cantó no encontró la Presencia de Dios. Otros, se acercan a La Escritura, la leen, la estudian, etc. sin embargo, tampoco logran palpar a Dios. Definitivamente, tanto lo uno como lo otro son herramientas que nos pueden servir para acercarnos a Dios, sin embargo, hay cosas más esenciales que llenan Su corazón, de las cuales debemos echar mano.

Al leer el Nuevo Testamento y verlo contextualmente, nos podemos dar cuenta que hay dos cosas básicas y fundamentales para acercarnos a Dios y tener una relación verdadera con Él, éstas son: La Fe y el Amor.

Hay buenas noticias para los sinceros: Sí hay una ruta en la cual Dios se abre a nosotros. Sí hay una manera de dejar de percibir el “rechazo” o la “frustración” de no estar cerca de Él. Dios sí quiere acercarse a nosotros y que todos alcancemos lo más grande que Él nos puede dar, que es la Vida y la comunión con Su Hijo Jesucristo. A veces la frustración es sentir que no recibimos nada cuando

lo buscamos, sin embargo, los dones que provienen de Él no son una señal de estar en relación con Él. Pueda que lo busquemos y que en algún momento Él nos dé el don de sanidad, el don de lenguas, el don de milagros, un ministerio, prosperidad económica, etc. pero éstas cosas son circunstanciales y Él las da a quien Él quiere y en la medida que Él quiere. Sin embargo, lo que todos podemos alcanzar por la ruta de la fe y el amor es la experiencia de tener una relación vivencial con la Persona de Jesús.

La comunión con Dios tiene su origen en Él mismo. Todo empieza en Dios que nos da Su espíritu a nuestro espíritu. Todos los que somos creyentes tenemos que tener la certeza de que el Espíritu Santo es un regalo que Dios nos ha dado a manera de herencia, o de arras. Es como cuando un novio le da un anillo de compromiso a su novia, desde ese momento la novia sabe que le pertenece a Él y literalmente es un “compromiso” que adquieren ambos para luego unirse en matrimonio. Así hace Dios con nosotros, primeramente Él nos da Su Espíritu de Vida a nuestro espíritu, lo cual debemos creer por medio de la fe. No tenemos que esperar “sentir” la Presencia de Dios, más bien debemos de creer que Él está en nosotros y que podemos estar en comunión con Él por medio de Su Espíritu.

Dios se hizo uno con nuestro espíritu para darnos Vida Eterna y apartarnos para Él. Así lo dice Efesios 2:1 “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados”. Y también lo confirmamos con Efesios 1:13 “En él

también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, ¹⁴que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria”. Esto lo debemos creer sí o sí todos los que hemos aceptado a nuestro Señor Jesucristo.

El Espíritu de Vida se vuelve en nosotros en un pozo que nos vigoriza, que nos revela lo de Dios a nuestro propio espíritu y también nos convierte en depósitos. El mejor ejemplo de esto, sin lugar a dudas lo encontramos en el contexto de la plática que el Señor tuvo con la “mujer samaritana”. Dice Juan 4:10 “Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva. 11La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? 12¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados? 13Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; 14mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”. Y también podemos leer lo que dice el apóstol Pablo en 2 Timoteo 1:14 “Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros”. El Espíritu Santo en nuestro espíritu es virtuoso, nos energiza, nos revela al Padre, nos vuelve sus depósitos y cada día en nosotros es una fuente inagotable que nos da más y más de Dios.

Prestemos atención a la analogía que el mismo Señor Jesús nos dijo, pues, el Espíritu Santo no sólo es un pozo, sino que también es la fuente que llena ese pozo y lo llena a tal punto que salta para Vida eterna. Primeramente es un

S
E
M
A
N
A
—
2
—

pozo (un depósito) que acumula agua, y luego se convierte en fuente. Cuando se convierte en fuente ya no sólo llena nuestro espíritu, si no que se desborda hasta invadir nuestra alma. Podemos decir, entonces, que el Espíritu Santo en nuestro espíritu es un pozo y en nuestra alma es una fuente.

El Espíritu Santo fluyendo en nuestra alma es tan virtuoso como en la parte de nuestro espíritu, sólo que en esta área, a parte de vigorizarnos, nos nutre, nos libera, nos transforma, nos da revelación constante de Su Palabra y nos permite tener una concepción a nivel mental (precisamente en la parte derecha de nuestro cerebro) para inquirir y disfrutar todo lo que proviene del mundo espiritual de Dios. Cuando el Espíritu de Dios se vuelve una fuente que fluye en nuestra alma, empezamos a gozar todo lo que Él es en nuestra propia experiencia vivencial humana.

Ahora bien, ¿cómo podemos aprovechar este proceso Divino para establecer una relación vivencial con el Señor? Este es el punto central que queremos tratar en este estudio.

EN PRIMER LUGAR: HACER USO DE LA FE.

Tenemos que echar mano de la fe para creer lo que Dios nos ha dado en Cristo Jesús por medio de Su Espíritu Santo. Para que Su Espíritu se haga una fuente de Vida en nuestra experiencia vivencial tenemos que creerlo, es decir, debemos ejercer Fe en

ello. Técnicamente lo que debemos hacer es seguir creyendo, puesto que iniciamos nuestra Vida en el Señor cuando creímos en Él. Recordemos lo que dice Romanos 1:17 “Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá”. El ejercicio de la fe es lo que en realidad nos permite experimentar al Señor. Si no nos ejercitamos en la fe, olvidémonos de tener una relación con el Señor.

¿Por qué nos frustramos y llegamos al punto de ya no querer buscar al Señor? Porque aunque lo buscamos con sinceridad, no echamos mano de la fe. Un problema que tenemos muchas veces es que dependemos de las experiencias y no de lo que tenemos de Dios por medio de Su Espíritu. Las frustraciones vienen porque buscamos a Dios no por tener comunión con Su Persona sino porque queremos un favor de parte Suya; nos frustra ver que no recibimos tal ayuda. Tener fe en Dios es saber que podemos acudir a Él, pedirle Su favor, e independientemente si Él nos da o no lo que queremos, de todos modos sabemos que Él es Poderoso para darnos eso y mucho más. Dice Hebreos 11:1 “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. Busquemos a Dios con la fe puesta en Él, no en lo que Él pueda darnos. No busquemos a Dios con ambición. Muchas veces pensamos que no somos ambiciosos porque no llegamos ante Él a pedirle riquezas, sin embargo, queremos “sentir” un toque de Su Presencia. ¿Acaso querer “sentir algo” no es buscar un interés propio? La frustración viene

cuando no recibimos lo que queremos, cuando lo buscamos sin ejercer Fe. Buscar a Dios con fe es estar delante de Él, esperarlo, y mejor aún si Él no aparece. Dice Hebreos 11:39 “Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido”. Este verso claramente dice que los hombres de Fe no recibieron lo prometido, sin embargo, le creyeron a Dios en su totalidad.

Veamos un momento la vida de Abraham. En determinado momento Dios le dijo a Abram: “Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre... levántate, ve por la tierra a lo largo de ella y a su ancho; porque a ti la daré” (Génesis 13:14-17). Abraham, entonces, sí estuvo en la tierra que Dios le prometió, sin embargo, dice Hebreos 11:9 “Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; 10 porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”. Esto es un ejemplo claro de una fe pura. Abraham habitó en la tierra que Dios le ofreció, sin embargo, Él no la tomó porque su fe iba más allá de este mundo. Abraham escogió vivir por fe.

¿Cuándo buscamos a Dios con Fe? Cuando Él “no” nos hace el milagro que tanto deseamos, sin embargo, nos sentimos contentos porque por la Fe estuvimos con Él. Nuestro gran problema es que no hemos descubierto la virtud que tiene la Fe. Vivir por Fe es vivir en otra dimensión. Cuando vivimos por Fe quitamos nuestra mirada de lo terrenal y empezamos a vivir en el terreno Divino.

El Evangelio se convierte en un disfrute para el creyente, únicamente, si lo vive por Fe y para Fe. La única manera en la que el Señor se puede convertir en una experiencia vivencial es por fe, no por obras. Ni siquiera tenemos que hacer esfuerzos por portarnos bien, pues, la fe no depende de nuestras obras. Al decir esto no les estamos incitando a que se porten mal, pero entendamos que el Evangelio no requiere de un pago con obras, sino lo obtenemos por Gracia por medio de la Fe. Portarnos bien es el efecto que debe surgir por haber recibido tan enorme regalo, es decir, debemos portarnos bien porque estamos agradecidos por lo que el Señor hizo por nosotros, pero jamás eso será un pago.

Podemos decir también que la Fe nos trae un desarrollo en el Evangelio y por ella podemos avanzar. Dice Romanos 1:17 “Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá”. Este verso dice que el justo vive lo de Dios por medio de la Fe, quiere decir que el que no ejerce Fe

S
E
M
A
N
A
—
3
—

no vive a Dios. Alguien podrá “sentir” algo de Dios, sin embargo, eso no es lo mismo que “vivir a Dios. Los dones, los milagros y las virtudes Divinas no son Dios; sólo la Fe pura nos muestra y nos lleva a Dios.

Dice 2 Corintios 5:7 “porque por fe andamos, no por vista”. De este verso tan corto podemos sacar grandes lecciones. El cristiano camina por Fe, avanza cuando no ve nada, cuando sólo tiene la certeza de lo que cree. Quiere decir que cuando vemos lo prometido ya no hay avance. Hoy en día los cristianos quieren ver “algo” para “sentir” que están caminando con Dios, pero en realidad debe ser todo lo contrario. Si en realidad queremos avanzar en el Señor, acostumbémonos a lo que no se ve, a lo que no se palpa, a la “nada” que nos conduce a Dios. Ya dejemos de estar anhelando emociones, sensaciones, escalofríos, lágrimas, etc. sencillamente quedémonos con aquello que se experimenta por medio de la fe.

Lo que sí podemos contabilizar de la fe es la seguridad, es decir, la certeza de Dios. Por ejemplo, cuando voy a la Biblia y leo que “Dios está conmigo”, lo creo, ejerzo fe en esas palabras y eso me da seguridad. A Dios no lo podemos “sentir” todos los días, nuestra alma no soportaría tener tantos encuentros sobre naturales. Ahora bien, si tengo convicción, pase lo que pase tendré la seguridad de que Dios está conmigo.

La Fe es el ancla que nos engancha y nos mantiene apegados al mundo de Dios. Dice Hebreos 11:6 “Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”. Sólo podemos agradar a Dios por medio de la Fe, ella es la puerta y el camino para tener una verdadera relación con el Señor. Un ejemplo de algo que tenemos que hacer por la Fe es la alabanza. Tenemos que elevarnos espiritualmente para alabar al Señor no por lo que sentimos mientras cantamos y tocamos, sino que lo alabamos porque Él es digno de nuestra alabanza, aún así no sentimos nada.

EN SEGUNDO LUGAR: EL AMOR

El Espíritu Santo viene como el Espíritu de la Realidad a visitar nuestro corazón. El Espíritu de Vida y el Espíritu de la Realidad son lo mismo (es el mismo Espíritu Santo, según Juan 14:17 Versión El Recobro), sólo que se manifiesta de diferente manera. Anteriormente dijimos que el Espíritu de Vida llega a nuestro espíritu para hacerse en nosotros un pozo; luego viene el momento en que empieza a fluir como el Espíritu de la realidad para hacerse una fuente en nuestra alma y en nuestro corazón.

Dice Gálatas 3:4 “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!”. Miremos qué tremendo lo que el Espíritu de la Realidad llega a hacer en

nuestro corazón. El apóstol Pablo dice que Dios nos envía al Espíritu de Su Hijo, que es el Espíritu de la Realidad con el fin de clamar: ¡Abba, Padre! El verso no dice que nosotros adoramos al Padre sino que es el Espíritu de la Realidad el que llega a nuestro corazón para adorar al Padre. ¿Qué significa la frase Abba, Padre? Es una frase muy amplia que se puede traducir como: “Papito hermoso”, “Papito bello” y cualquier otra expresión de amor que exalte al Padre. De modo que cuando el Espíritu de la Realidad llega a nuestro corazón, Él llega a alabar y adorar al Padre.

Ahora bien, ¿con qué fin el Espíritu adora en nosotros al Padre? Con el fin de que nosotros también hagamos lo mismo. Dice Romanos 8:15 “Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! 16El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”. ¿Nota la diferencia en lo que dice este verso? Ahora ya no es el Espíritu el que clama ¡Abba, Padre! sino que nosotros también podemos decirlo. ¡Qué bondad la de Dios para con nosotros! Él nos envía Su Espíritu a nuestro corazón para que nos enseñe y nos induzca a adorar al Padre con frases de amor como ¡Abba, Padre!

Aprendamos a unirnos al Espíritu de la Realidad para tener una relación de amor con el Señor. Adoremos juntamente con Él, cantemos, expresémosle nuestros sentimientos, nuestro amor,

el fruto del quebranto y toda expresión de amor que clame ¡Abba, Padre! Cuando queramos estar en comunión con el Señor, hagamos uso del libro de los Salmos, de los coros que cantamos en las reuniones de Iglesia, de las expresiones que han brotado en las experiencias que hemos tenido con Él y unámonos al Espíritu de la Realidad para adorar al Padre.

En esta dimensión podemos decir que se cumple lo que dice 1 Juan 4:19 “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”. Dios, a través del Espíritu de la Realidad nos da de Su amor para que nosotros también aprendamos a amarlo. En esta unión que tenemos con Él, el amor crece. Esto lo dice Romanos 5:5 “... porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”. En primer lugar, el Espíritu Santo en nuestro corazón clama ¡Abba, Padre! Luego, en respuesta a esto el amor del Padre se derrama cual fragancia en nuestros corazones, de modo que nuestro corazón se impregna de tanto amor que podemos también decir de nosotros mismos ¡Abba, Padre! Aprovechemos cada vez que sintamos que el amor del Padre se derrama en nosotros porque esto es Gracia de Dios. No menospreciemos las visitaciones de Dios, no hagamos caso omiso cuando Él nos habla, démosle valor a lo que Él nos revela en Su Palabra, carguemos siempre a la mano un lápiz y un cuaderno donde anotar lo que Él nos hable, pues, esto es el amor de Dios derramándose en nuestros

corazones. Dios espera que nosotros respondamos a Su amor, que de nosotros brote el ¡Abba, Padre!

La Biblia relaciona la alabanza y la adoración con el incienso. Si quemamos incienso en un cuarto cerrado, de pronto veremos que estamos inmersos en una nube, pues, el incienso es una especie de humo que se esparce en el aire; pero además, vamos a comenzar a respirar el olor del incienso. Así es la visitación de Dios, Su amor derramado, es como el incienso que tiene una experiencia ambiental pero también tiene una experiencia interna. Cuando Dios nos visita lo percibiremos externamente, pero también tendremos una experiencia de Vida interior.

Después de que Dios toma la iniciativa y derrama Su amor en nuestros corazones, nosotros somos responsables de responder plenamente a dicha manifestación de Su amor.

Leamos los siguientes versos que nos muestran cómo debemos hacer uso del amor para tener una relación con Dios.

Efesios 6:24 “La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable. Amén”. Nuestro amor hacia Dios debe ser “inalterable”. Además, el apóstol Pablo dice que la Gracia del Señor es para los que le aman.

Mateo 22:37 “Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente”. Tenemos que responder al amor de

Dios con todo nuestro ser. Amemos a Dios con todo lo que somos y lo que tenemos. No seamos timoratos, escasos, tibios o simples cuando estemos delante de Dios; más bien, amémoslo con todas nuestras fuerzas, expresémosle palabras que vayan cargadas con todas nuestras emociones y nuestros sentimientos. Sí es válido gritar, emocionarnos, alzar la voz, y todo lo que podamos hacer que alabe al Señor.

2 Corintios 5:14 “Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; 15y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”. Ser constreñidos es ser apretados o quebrados. El amor de Dios nos debería de quebrar; deberíamos sentirnos constreñidos al pensar en el sacrificio de Jesús, en cómo Él murió por nosotros. Si el amor de Dios nos lleva a pensar en el sacrificio del Señor por nosotros, seguramente entenderemos que nosotros tenemos que responder a ese amor ya no viviendo para nosotros mismos.

Si nosotros no valoramos el amor de Dios, tarde o temprano Su amor se puede alejar de nosotros, esto lo dice 1 Tesalonicenses 5:19 “No apaguéis al Espíritu”.

El amor hacia Dios se evidencia de dos maneras:

De manera Subjetiva: Lo subjetivo se refiere a algo interior, a algo que no se puede cuantificar. Amamos al Señor subjetivamente cuando nos entregamos a Él en nuestro interior a través de la alabanza. Sólo Dios puede ver y medir cuánto le amamos en nuestro interior; sólo Él puede ver el quebranto del corazón, la gratitud, la entrega, cuánta disposición tenemos por servirle, etc.

De manera objetiva: Lo objetivo se refiere a lo externo, a lo visible, a lo tangible. Hay dos maneras objetivas en las cuáles Dios mide cuánto le amamos:

AMANDO Y GUARDANDO SU PALABRA.

Esto no es subjetivo, pues, atender la Palabra requiere de cierto esfuerzo físico y un tiempo específico. Muchas veces tenemos que movernos geográficamente para ir a escuchar un mensaje; otras veces tenemos que dejar de hacer cosas propias con tal de ir a una convocatoria; si vamos a leer La Escritura necesitamos de un tiempo y un espacio propicio para estar concentrados y entenderla; poner por obra la Palabra que hemos leído nos lleva a realizar acciones; etc. Dice Juan 14:15 “Si me amáis, guardad mis mandamientos... v:21 “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él”.

Amar al Señor, definitivamente, implica una buena actitud ante Su Palabra.

AMANDO A LOS HERMANOS. Leamos lo que nos dice con respecto a esto el apóstol Juan. 1 Juan 4:7 “Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. 8El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor”... v:16 “Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él”... v:19 “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”... v:21 “Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano”. En el contexto de este pasaje se deja ver muy claramente que amar a Dios va de la mano con amar a los hermanos.

Si amamos a Dios tanto subjetiva como objetivamente, lograremos tener una relación vivencial con Él. No necesariamente veremos milagros o virtudes, pero lo tendremos a Él y viviremos con Él, y Él con nosotros.

CONCLUSIÓN

Ejercemos la fe para amar a nuestro Señor. Entreguémonos a la comunión con Él en nuestro corazón. Por medio de alabanzas y acciones de gracias digámosle: ¡Abba, Padre! digámosle lo que Él es y el amor que le tenemos. Apreciemos, amemos y guardemos Su Palabra. Por último, amemos a nuestros hermanos. Si permanecemos en estas

cosas, inequívocamente, tendremos una relación vivencial con el Señor.